

«que se promulgasen en lo sucesivo sobre materias religiosas.»

Esto era ponerse evidentemente de parte de los Jesuitas, y probar que ni urdian la muerte de Isabel ni el menoscabo de su autoridad, puesto que se les proponia permanecer en Inglaterra con la única condicion de abjurar su culto. Si la Compañía de Jesús hubiese sido tan política ó tan pérfida como han querido representarla Cecill y los Calvinistas, jamás se les habia ofrecido ocasion mas favorable para conspirar á sus anchuras; pero aun cuando no se les exigia mas que un juramento, nadie se presentó, sin embargo, á prestarle. Isabel, que pensaba mostrarse clemente á pesar de eso, mandó deportar á Francia veinte y un Jesuitas ó sacerdotes, largo tiempo encerrados en sus calabozos, á los que siguieron con algunos días de intervalo algunos otros convoyes; con todo, el P. Eduardo Risthon describe menos favorablemente que nosotros este acto de humanidad en su *Diario de la Torre de Londres*.

«Todas las cárceles, dice, estaban llenas de confesores, de los que se hizo una eleccion arbitraria, especialmente en las de Londres. Como nos hallábamos siempre encerrados sin poder hablar á nadie sino en presencia del carcelero, la noticia de nuestra excarcelacion fue para nosotros una muy dura prueba: cuando llegó el dia nos hicieron embarcar al pié de la torre de Londres, que está bañada por el Támesis, y en el momento del embarque se quejaron varios de nuestros compañeros, principalmente el P. Haywood, de que nos viéramos expulsados de nuestra patria sin haber sido juzgados y sentenciados. En seguida protestamos todos que no consentiríamos jamás en alejarnos de aquel modo, abandonando nuestra nacion y nuestros Católicos, y que nos reputaríamos mas felices muriendo en su presencia por la fe de Jesucristo.

«El P. Haywood, viendo que no nos escuchaban, suplicó que nos enseñasen al menos el decreto de la Reina que nos condenaba á destierro perpetuo. Todo fue inútil. Marchamos al fin, acompañados de mil saludos y de mil testimonios de simpatía de parte de nuestros amigos, y al cabo de dos dias de navegacion, el P. Gaspard y otros muchos suplicaron con repetidas instancias á los oficiales de la Reina que nos dejasen ver la sentencia ó la orden que les habian dado con respecto á nosotros, á cuyas instancias consintieron por último. Hé aquí lo que contenia:

«Convencidos estos individuos por su propia confesion y por las deposiciones ajenas, de haber maquinado contra S. M. y su reino, habian merecido la muerte; pero queriendo la Reina usar con ellos de indulgencia por esta vez, manda por las presentes que sean solo desterrados. Oidas estas palabras, lanzamos unánimes un grito general, quejándonos de que nos habian hecho víctimas de las mas falsas é injustas calumnias. El R. P. Gaspard suplicó encarecidamente que nos recondujesen á Inglaterra, para poder entablar nuestro proceso ante el tribunal público, puesto que estábamos prontos á morir degollados por Jesucristo antes que comparecer en el extranjero con semejante baldon en nuestras frentes; petición á que contestaron los oficiales, que ellos no eran sino los ejecutores de las órdenes de la Reina. Llegamos por último á Boloña, desde donde yendo cada uno por su lado y gobernándose como pudo, nos pusimos en camino para reunirnos en Reims, al lado de nuestro padre comun el Dr. Allen. Por el camino supimos que los nuestros estaban muy inquietos por nuestra suerte. Ya fuese por astucia de los herejes ó por malevolencia de otras personas, empezó á esparcirse el rumor de que nosotros mismos habiamos deseado y obtenido nuestro destierro; que abandonábamos el campo de batalla, y, lo que todavía es peor, que habiamos apoyado hasta cierto punto las exigencias de los Calvinistas; pero informados de la verdad nuestros superiores, y asegurándonos nosotros mismos que nos hallábamos prontos á regresar á cualquier costa á Inglaterra; cambiaron su recelo por una gran alegría en el Señor. En seguida transportaron á Francia, con la misma crueldad y perfidia, á otros veinte y dos eclesiásticos recién salidos de las cárceles de Yorck y de Hull, sumidos todos en el mas deplorable estado de miseria y padecimientos, y agobiados mas bien por la edad que por las cadenas, puesto que uno de ellos era octogenario, y algunos otros septuagenarios, entre los que se citaban varios que habian estado veinte y seis años presos. Por último, poco después fueron deportados otros treinta Padres con dos legos, sacados de las diferentes cárceles.»

Walsingham, Cecill y los demás consejeros de la corona gustaban de tener en continua alarma el ánimo de la Reina. En un tiempo en que la Europa se veia entregada al volcan de las revoluciones, les era preciso mostrar á Isabel el catolicismo dispuesto

sin cesar al asesinato, y á los Jesuitas como instigadores de aquellos crímenes tramados contra su persona; pero viendo Walsingham que sus primeros ensayos no habian tenido el mejor resultado, esperó ser mas feliz encargando á William Parr que pasase al continente. Este antiguo oficial de la servidumbre de Isabel, apenas llegó á Lyon cuando aparentó reconciliarse con la Iglesia por la mediacion del Jesuita Crigton; en seguida, y como si tratase de rescatar sus errores, declaró á este Padre que proyectaba volver á Inglaterra con el objeto de asesinar á Isabel. Crigton le contesta con el texto de la sagada Escritura: «No se debe hacer un mal ni aun con el objeto de que resulte un bien¹»; pero como una respuesta tan sabia no llenaba sus miras, se dirigió en busca de otros Padres mas fáciles de seducir. En Venecia habló al P. Palmio del proyecto que habia concebido en favor de la Iglesia; pero como era preciso que este plan fuese aprobado por escrito por algunos teólogos de la Compañía, le despidió Palmio con buenos modos, y aquel se dirigió á Paris donde fermentaban todas las pasiones. Después de haberse avistado con el doctor Allen, se franqueó con el P. Waytes, quien sin vacilar condenó este crimen en proyecto, y para el cual buscaba el emisario inglés cómplices que Walsingham y Cecill hubieran sabido transformar en autores principales del mismo. Condújole un caballero inglés á casa del nuncio apostólico Ragazzoni, á quien entregó un memorial para el Papa, que se limitaba, segun el original que hemos visto, á pedir la bendicion papal, la indulgencia plenaria y la remision de sus pecados.

Regresó en seguida á Londres, y presentado por Cecill á la Reina, la declaró que los Jesuitas, el Papa y los partidarios de María Estuart, le habian comprometido para que asesinase á su soberana; en prueba de lo cual anuncia que la corte romana le enviaria bien pronto la absolucion de sus pecados pasados y futuros. Segun el testimonio de Hollinghsead y de Camden, impulsada Isabel por un sentimiento de valor, ó bien usando del artificio, ó movida por la repulsion que le inspiraba un hombre semejante, pronunció únicamente estas palabras: «Con tal que los Católicos sean súbditos fieles y buenos ciudadanos, es mi voluntad que no se los juzgue en materia de religion, así como ni por sostener la supremacia del Pontífice romano.»

¹ Hollinghsead, fol. 1388. Camden, 1385.

Déjase ver por esta contestacion que Isabel regresaba á unos sentimientos mas dignos de una princesa, puesto que parecia dejar á sus ministros todo lo odioso de las vejaciones y de los crímenes; pero la historia no ha seguido en esto las intenciones de la hija de Enrique VIII.

Entre tanto llegó de Roma la carta del cardenal de Como, fechada en 30 de enero de 1585, en que le anunciaba que el Papa le habia otorgado la bendicion é indulgencia que habia solicitado. Por grandes que sean estos favores á los ojos de la piedad y la fe, es preciso confesar sin embargo que cualquiera puede obtenerlos, sin que para ello necesite asesinar una princesa hereje.

Era esta demasiado perspicaz para no conocer que la citada carta no pasaba de ser una piadosa moneda de la Santa Sede, y que solo probaba una cosa: la impostura de Parr y la participacion de Cecill en una intriga forjada con el objeto de aterrarla. Así es que la Reina le despidió. Hízose el intrigante agente de negocios, y al cabo de un año la miseria y desesperacion le inspiraron la idea de consumir efectivamente el crimen imaginario que pretendia haber meditado con los Jesuitas: comunicó su plan á uno de los cortesanos de Isabel, llamado Edmundo Nevill, á quien vió quejarse un dia de que sus servicios no le eran recompensados; y delatado por este, después de haber sido condenado á pena capital, declaró espontáneamente y por escrito, que los Jesuitas y los sacerdotes ingleses no le habian dado consejo alguno en oposicion de la conducta que debia observar un súbdito fiel y leal.

A vista de semejantes hechos justificados por los escritores herejes y por el mismo acusado, ha habido sin embargo algunos historiadores que no han querido imponer silencio á sus preveniciones; uno de ellos, el jansenista Coudrette, escribió en 1741:

«En 1584 fue ejecutado un fanático llamado Parr, el cual confesó que habia sido incitado por las exhortaciones del P. Palmio de Venecia, por los Jesuitas de Lyon, por Annibal Coldretto y otros Jesuitas de Paris, con quienes se habia confesado, y de quienes habia recibido la comunión, á cometer el asesinato de la Reina.»

Tantas revelaciones no podian menos de ilustrar á Isabel sobre la tendencia de los complots que sus ministros improvisaban, y no

¹ *Historia general del nacimiento y progresos de la Compañía de Jesús*, por el P. Coudrette, tomo I, pág. 314.

ignoraba que la mayor parte de estas tramas se reducian á un tejido de imposturas; pero como suprema árbitra de un culto formulado por ella, y enemiga jurada del catolicismo que se reasumia á sus ojos en Felipe II, su adversario, y en María Estuart, su rival y cautiva, se veia precisada sin cesar á tener algunos sacerdotes católicos contra quienes pudiese estrellar su encono. Veía que de este modo lisonjeaba la pasion que los ingleses habian concebido hácia ella, y por lo tanto los conducia á la herejía, haciéndolos pasar por los cadáveres de los Jesuitas, que venian á ser el santo y seña y el grito de guerra que se daba á los odios populares, porque eran la personificacion del papismo. Todos los años quemaban con gran pompa la efigie del ídolo de Roma, y torturaban en la realidad todos los dias á los misioneros ingleses, á quienes el mas imperioso de todos los deberes conducia á su suelo natal.

Los Jesuitas que militaban en Inglaterra no eran los únicos adversarios de Isabel; una voz elocuente salia de la ciudad de los Césares para lidiar cuerpo á cuerpo con las doctrinas de los sectarios: esta voz que resonaba en toda la Europa y que anonadaba al anglicanismo bajo el peso de sus demostraciones, era la del Padre Belarmino, á quien los cardenales de Sourdis, Ascoli, y Ubal dini apellidaban el mas firme apoyo de la Religion, el martillo de la herejía y el baluarte de la Iglesia romana. Acababa este Padre de publicar sus *Controversias teológicas*, siendo el único atleta contra quien la Alemania protestante asestaba sus tiros, al paso que en Inglaterra los doctores de las academias y los mas hábiles teólogos trataron de refutar esta obra universal; pero sus respuestas en vez de destruir los argumentos que alegaba, los corroboraban por el contrario; y el nombre de Belarmino se hizo tan célebre en poco tiempo, que aun en el mismo centro del anglicanismo, los teólogos encargados de combatirle tenian que contentarse con alabarle y admirarle.

«No puedo menos, escribia Wittacker á Cecill, gran tesorero de Inglaterra¹, de apreciar á Belarmino como á un hombre de un profundo saber, de un genio feliz, de un juicio sutil y que ha leído mucho, que obra con mas franqueza y claridad que lo que lo hacen por lo regular los Papistas, arguye con mas viveza que ningun otro, y no se aparta jamás de su objeto. Desde que han visto la luz pública sus escritos, nos han demostrado con mayor

Wittacker, *epist. dedic. lib. De Verbo Dei contra Bellarminum.*

«claridad cuál es, por decirlo así, la medula del papismo, de manera que no creemos hallarnos mas íntimamente en el corazón del Papa y de los Jesuitas.» Tomás Morton, obispo anglicano, tiene á mucho honor el haber de refutar á un hombre á quien está seguro de no poder vencer: «Concedámosle, dice¹, la solidez del ingenio, el conocimiento de las lenguas, una vasta erudicion, y aun si se quiere el perfecto conocimiento de la teología escolástica; no tratamos de oponernos.»

Los doctores ingleses estaban léjos de satisfacer las miras de Isabel, porque el Jesuita era invencible en los caracteres muertos de sus escritos: aconsejóla David Parée que erigiese un colegio especial para formar á los jóvenes capaces de sostener algunas tesis contra el Jesuita, consejo á que accedió la Reina, fundando un colegio á que dió el nombre de academia antibelarminiana², y en seguida fundó otro en Cambridge á instigacion de sus cortesanos, que miraban á Belarmino como su mas poderoso antagonista.

Entre tanto, considerando Leicester y sus colegas Walsingham y Cecill la inutilidad de sus esfuerzos, trataron de conducir al seno mismo de la capital del mundo católico la guerra que los Jesuitas habian declarado al anglicanismo, persuadidos de que sembrando la discordia en el seminario inglés de Roma, llegarían á debilitar el celo y tener á raya el movimiento religioso; y con este objeto formaron en él un partido con el fin de pedir á la Santa Sede que mandase llamar á los Jesuitas, puesto que, segun él, no era prudente permitir el pase de sacerdotes y libros á los Estados de Isabel, al menos hasta que apareciesen dias mas tranquilos; y dejar pasar la tempestad que se habia levantado contra los Jesuitas.

Sixto V, ese gran hombre, que salido de la mas profunda oscuridad, poseia todas las cualidades que constituyen al Príncipe, ocupaba á la sazón la silla de san Pedro, y contestaba á las proscripciones de Isabel cubriendo su real nombre con la proteccion de la tiara. La reina de Inglaterra asalariaba numerosos libelistas que, no satisfechos con divinizarla, derramaban á manos llenas el oprobio y baldon sobre las cabezas de los Pontífices romanos. Pero si en Londres ultrajaban la dignidad pontificia, en Roma mandó el Papa respetar la majestad de Isabel y tener en con-

¹ Tomás Morton, § VI, *Causa regia.*

² Collegium antibellarminum, tit. coll. à Contzen.

sideracion sus méritos bajo pena de galeras. Sixto V trataba de hacerla la guerra, y la suscitaba enemigos; pero aspiraba á una guerra tan franca como justa la creia.

La division fomentada en el colegio inglés podia tener funestos resultados; y el Papa, que no tardó en conocer de donde partia el golpe asestado contra la Iglesia, prescribió una informacion judicial, encargando su desempeño á los cardenales Borghese y Cayetano, quienes después de haber pesado los motivos que alegaban los eclesiásticos, cuya buena fe se habia visto sorprendida por hábiles emisarios, declararon, segun consta de un documento cuyo original existe en el Vaticano, que algunos intrigantes externos habian formado un complot perturbador de la calma interior del seminario, y que para restablecer la paz debian ser expulsados los que se habian prestado á esta trama, cuyos hilos tenia Cecill. El Pontífice se adhirió á esta determinacion, y se restableció la calma.

Mientras que ocurrían estos sucesos por los años de 1586, cayó el P. Weston en el lazo que la policia de Londres habia tendido á su caridad: era este Jesuita el digno sucesor de Campion, y en este concepto, una vez encarcelado, intercalaron su nombre en el complot de que fueron victimas Antonio Babington y trece de sus amigos. Cecill y Walsingham, que conocian que Babington era jóven, opulento y católico, y que su audacia podia ser peligrosa, trataron de perderle, y comprometer de paso á María Estuart, cuya alma se engrandecia en la prision á proporcion de la grandeza de alma con que toleraba sus desgracias. Segun el relato de un historiador inglés ¹, fue engañado el jóven por unas cartas supuestas que le fueron dirigidas como procedentes de María, cuya letra habian imitado perfectamente, en que le estimulaba á llevar á cabo su plan, prometiéndole que una vez puesta en libertad, recompensaria sus servicios con todos los honores y tal vez con su mano; y añade, por último, que el prestigio inherente al nombre, á la beldad, talento é infortunios de la reina de Escocia, sedujo á Babington hasta el extremo de querer romper sus cadenas y sacarla de la prision. Otros escritores aseguran que no se trataba solamente de libertar á María, sino que el objeto principal de la conspiracion tendia á asesinar á Isabel para colocar á su rival en un trono manchado de sangre: lo cierto es que

¹ Roberto Johnston, *Historia de la Gran Bretaña*, lib. IV, año 1596.

Babington fue arrestado con sus trece amigos, y fallado el proceso, fueron decapitados en la plaza pública. Seguramente que el P. Weston nada tuvo que ver en esta trama, cuyo misterio no ha desenvuelto aun la historia; pero como convenia á las miras de Cecill el inmiscuir á los Jesuitas en todos los sucesos que su ramera política explotaba contra la Iglesia romana, puso en juego á este Jesuita, que durante mas de mes y medio de carcelaje, oyó rugir en derredor de su calabozo el populacho protestante, que el poder incitaba al insulto y á la blasfemia. Un Jesuita, hecho el objeto de los insultos del populacho inglés, y acusado de haberse compadecido de los infortunios de María Estuart, era para la plebe, adulada por Isabel, un goce sin igual y el colmo de la ventura. Weston era á los ojos de aquel populacho insolente el instigador al menos de tan horrible complot; sin embargo de que no resultaba tal del proceso, puesto que después de las mas minuciosas indagaciones, y visto que Babington y sus amigos le exoneraban de toda participacion en su proyecto, se vieron precisados los jueces á proclamar su inocencia.

Este complot apresuró el trágico fin de María, á quien hizo condenar Isabel por medio de unos jueces que tuvieron la osadía de decirle: «¡Vuestra vida seria la muerte de nuestra religion, y vuestra muerte será su vida!» La reina de Escocia fue decapitada el 18 de febrero de 1587; y desde la época de este horrible atentado empezó tambien á adquirir un nuevo y mayor incremento la persecucion contra los Católicos, y sobre todo contra los Jesuitas, llegando á tal extremo que á nadie se permitia pisar el suelo británico sin prestar antes el juramento de reconocer la supremacia de la Reina, confesando que era la reguladora del dogma y de las costumbres. Isabel habia envejecido; pero sus pasiones eran jóvenes todavía, ó por mejor decir, su misma decadencia comunicaba una nueva vivacidad á sus odios. Los Puritanos se hallaban en continuo movimiento, declarando la guerra abierta con sus insensatas prédicas á toda clase de autoridad. Isabel, colocada de este modo entre dos partidos extremos, otorgaba á semejantes reformadores cuanta latitud deseaban, sin mas que remitir al verdugo de cuando en cuando alguno que otro de estos ardientes y obstinados conspiradores, que como Guillermo Hacket, profetizaban la venida de un Mesias republicano, mientras que descargaba todo el poder de su brazo contra los Católicos.

Tres meses después de la muerte de Hacket, queriendo Isabel ofrecer un mezquino consuelo á los Puritanos, lanzó desde su morada de Richmond un edicto mas terrible aun que los anteriores, en el que se leen las siguientes frases: «Sé muy bien, dice, que «los colegios de los Jesuitas son otros tantos nidos y cavernas donde se guarecen los rebeldes.» Para destruir estos nidos hacinaban á los Jesuitas y demás sacerdotes en la fortaleza de Wisbick, declarándolos en masa espías y cómplices de Felipe II, y allí sucumbian en los horrores del cautiverio, que trataba de hacerles cada vez mas gravoso la crueldad de los agentes subalternos, muriendo ignorados de todo el mundo en el fondo del *carcere duro* inglés, como ya lo habian hecho los PP. Darbishir y Juan Brushford.

Luego que llegó á oídos de Jacobo la muerte trágica de su madre, pareció tratar de romper toda clase de relaciones con la Inglaterra, como debia hacerlo como hijo y como rey. Para dar un testimonio público de este rompimiento, el jóven Príncipe dió libre entrada en sus Estados á los individuos de la Compañía, y aun llegó á llamarlos. Accediendo estos á su invitacion, regresaron á Edimburgo los PP. Crigton, Jorge Dúray, Roberto Abercombry y Guillermo Ogilbay. A favor de una conspiracion tramada por algunos señores católicos, á quienes las intrigas de Isabel habian alejado con maña de la corte, habia sabido aquella recobrar el ascendiente que ejercia sobre el ánimo tímido de Jacobo, que en aquel siglo de tormentas se llenaba de terror al observar la menor nubecilla. De aquí es, que cuando ya se habia puesto en claro la conspiracion, en la que trató la Reina de mezclar á los Jesuitas, como el monarca de Escocia no sabia adoptar un partido decisivo, expulsó ostensiblemente á todos los Padres, como deseaba Isabel, y suplicó en secreto á los Jesuitas Gordon, Ogilbay y Abercombry que mirasen como no promulgada la orden en que se les proscribia. Hizo mas: ocultó en su palacio de Holyrood al último de los citados Padres, bajo el incógnito de halconero, quien convirtió después al catolicismo á la princesa de Norwega, esposa de Jacobo, haciéndola abjurar el luteranismo. Tres años después, el de 1593, confió el Rey al P. Gordon la mision de dirigirse á Roma para tratar con la Santa Sede del restablecimiento de la fe en sus Estados; mision que habia llenado el Jesuita á satisfaccion, cuando Isabel, que tenia en una especie de tutelaje á este Príncipe, heredero presunto de la corona que ceñia sus sienes, se

opuso á una reconciliacion que se rozaba tanto con sus intereses como con sus prevenciones. En el fondo de este movimiento, exclusivamente escocés, veia la suspicaz Reina la mano de Felipe II, suscitando los disturbios y agitando los ánimos, para apoderarse con mas seguridad de la Inglaterra y la Escocia. Las tempestades habian deshecho la armada que se llamó la *Invencible*, é Isabel daba por sentado que el sombrío adversario del protestantismo contaba mas bien con los Católicos del interior que con la fuerza material de la flota española. Cada dia estallaban nuevos sacudimientos, y se dejaban sentir nuevas discordias intestinas, que bastaban á traer en continua alarma el corazon de aquel pobre Rey, que palidecia al solo aspecto de una espada desnuda, y que ni aun sabia sostener su cetro con mano firme. Las tropas que Isabel le habia remitido para tranquilizarle fueron batidas completamente por los Católicos. Solo faltaba atribuir estos reveses de las armas británicas á causas enteramente extrañas al valor escocés, y en su consecuencia fue acusado el P. Gordon de haber fanatizado á las tropas *papistas*. La Reina habia calculado bien; ya porque con esta imputacion asestaban dos tiros á la vez que resonaban en Inglaterra y Escocia, de cuyo reino fue expulsado al momento el Jesuita, ya tambien porque esta misma expulsion daba cierto colorido á la derrota de los ingleses, y les ofrecia un nuevo pretexto para atormentar á los Católicos: atroz idea que Isabel puso en práctica tanto con los de su reino como con los de Irlanda.

En Escocia era casi igual la fuerza material de ambos partidos; pero en Irlanda habian procedido Enrique VIII y su hija por vias tan violentas, que si sus moradores habian conservado la fe, habia sido renunciando á cuanto tenian de mas apreciable en el mundo, pues la persecucion, el secuestro y el martirio eran las armas que ambos Soberanos habian empleado contra ellos; sin embargo, el pueblo entero habia permanecido fiel al catolicismo. Sublime protestacion que se ha renovado durante trescientos años, y que el mismo tiempo, que todo lo gasta, vivifica todavia en nuestros dias bajo la palabra inspirada de O'Connell. La sangre del Jesuita Donall derramada por la Religion en medio de las mas atroces torturas, debia por precision brotar nuevos Jesuitas en Irlanda. Algunos años mas adelante, el de 1595, exasperados los Católicos á fuerza de vejaciones tomaron las armas, y después de ocupar las provincias de Connaught y de Utster, vencieron en to-

das partes. A fin de santificar sus triunfos reclamaron en su apoyo á los Jesuitas, encargándose de esta mision los PP. Santiago Arcer y Enrique Fizt-Simon, á quienes siguió el P. Ricardo Fild; y poco á poco eludiendo la vigilancia de los satélites de Isabel, vieron aumentarse hasta el número de veinte su naciente colonia, á quien diezmaba la muerte sin poder aminorarla.

Entre estos Jesuitas se hallaba el hermano coadjutor Domingo O'Calan, antiguo oficial que habia estado en el servicio de Francia y España y caballero afamado por su valor, el cual, después de haber derramado su sangre por los reyes de la tierra, consagró el resto de ella al Monarca del cielo. Fue admitido en la Compañía de Jesús, desde donde solicitó su regreso á Irlanda con el objeto de padecer en compañía de sus conciudadanos. Las tropas españolas que Felipe II habia hecho pasar como auxiliares de los irlandeses ocupaban á la sazón la fortaleza de Dumbung. Sitiada por los ingleses, se trata de capitulacion. Encargóse O'Calan de conferenciar con los sitiadores, quienes al ver un Jesuita, con desprecio del derecho de gentes, le hacen prisionero de guerra remitiéndole á Corck donde le aplicaron á la tortura de los botines de hierro, y el 31 de octubre de 1602 falleció víctima del encono de los Protestantes, viendo servir á sus entrañas y miembros de juguete á los verdugos.

Sobre el mismo tiempo renunció al anglicanismo en Dublin el hijo del arzobispo protestante. El cuadro de la union que reinaba entre los fieles habia entusiasmado tan vivamente la imaginacion de este jóven, que dirigido por los Jesuitas entró en el gremio de la Iglesia, y haciendo pública profesion del catolicismo, se vió conducido ante un tribunal de justicia. «¿Por qué no seguís el mismo culto que sigue vuestro padre? le preguntaron sus jueces.—¿Y por qué razon ha abandonado mi padre la religion de sus abuelos? contestó el interpelado.»

Imposible seria describir una por una las torturas á que los ministros de Isabel sometian á los Jesuitas. Persegualos la Reina en Escocia é Irlanda, y principalmente en su reino, donde no les permitia gozar descanso. No era la princesa la que se vengaba de sus enemigos, y la mujer sanguinaria que procuraba librarse de conspiraciones quiméricas; sino que se veia algo de la hereje, que al aproximarse la vejez, solo aspiraba á dominar las creencias, como cantaban en otro tiempo los poetas que reinaba en los cora-

zones. La edad no le comunicaba ni tolerancia ni apatía, último atributo de los soberanos que ven escapárseles la existencia. La sangre de los Jesuitas venia á ser para ella un inmenso raudal en que se rejuvenecía su poder. Los PP. Juan Cornelio, Roberto Southwell, Enrique Walpole ¹, Tomás Bosgrave, Rogerio Filcock, Marcos Barkworth, Francisco Pages y otros muchos perecieron en los suplicios que ella inventó, suplicios cuyo horror, según expresion de Condorcet, hubiera bastado á llenar de terror la imaginacion de un caníbal.

Isabel y sus súbditos se llenaban de una generosa indignacion cuando los Protestantes bosquejaban el cuadro de los *crímenes* de lesa humanidad cometidos por la Inquisicion, cuando ellos en su misma isla, donde los gritos arrancados al dolor eran arrebatados como la espuma en la superficie del mar, y solo resonaban de vez en cuando en el continente europeo, se mostraban todavía mas crueles en las torturas, mas inicuos en los juicios, y mucho mas bárbaros y sanguinarios en las astucias de sus calabozos. Felipe II y el Santo Oficio mataban por causas religiosas; mataban porque deseaban ante todo conservar intacto el depósito de la fe, y porque sabian que el mejor medio de salvar á su patria de las maquinaciones de los herejes era el de aterrorizarlos por medio de los tormentos; pero si esta política puede ser juzgada severamente, en cambio verémos que jamás Felipe II y la Inquisicion mintieron á la posteridad hasta en la misma tumba, al paso que la reina de Inglaterra no perdonó á ninguna de las suyas. Todos los Jesuitas, todos los Católicos á quienes impuso la pena capital, cuyo número es bastante considerable, todos sin excepcion, si se ha de dar crédito al dictámen fiscal de sus magistrados, pagaron con su vida improbables é imposibles atentados contra su persona. Creer en Dios y en la Iglesia católica, apostólica romana, atreverse á proclamarla en un país que se apellidaba independiente y libre, y pasar á él á animar á la pequeña grey que habia permanecido fiel en medio de las apostasías, era sinónimo de conspirar contra la vida de aquella Princesa.

Llególa tambien el término de sus dias; mas no por eso habia

¹ Enrique Walpole tenia tres hermanos y un primo que llevaban este mismo apellido, célebre en los fastos de la Inglaterra constitucional, quienes siguiendo el ejemplo de Enrique, su hermano mayor, entraron en la Compañía de Jesús: fueron estos Ricardo, Cristóbal, Miguel y Eduardo.

concluido Isabel de dar que hacer al verdugo: los Jesuitas empezaban á faltarla, y era preciso que esta vieja soberana, en un acceso ridículo de celos, hiciese rodar en el patíbulo la cabeza de su jóven y último favorito Roberto Devereux, conde de Essex. Su padre Enrique VIII asesinaba jurídicamente á sus concubinas cuando se cansaba de ellas, acusándolas de crímenes contra la seguridad del Estado; Isabel, que trató de seguirle y le siguió efectivamente por las huellas de sangre, acusó al conde de Essex del mismo crimen. Murió este como Ana Bolena y como Catalina Howard; y cuando la Reina, después que mandó asesinarle, sintió el vacío que experimentaba su corazón, rehusó todos los socorros del arte y dijo á los médicos: «Dejadme morir: me es insoportable la vida.»

El 3 de abril de 1603 espiró esta Soberana, gobernadora de la iglesia de Inglaterra, que poseía unas virtudes tan hipócritas cuanto excelentes eran sus cualidades de reina. Había procurado amoldar al pueblo inglés á su semejanza, tratando de hacerse temible en el continente, y haciendo poco caso de las miserias y faltas de su gobierno del interior. Para seducir al extranjero hizo rodearse de cuanta gloria y brillo pudieron suministrarla sus riquezas, y supo disfrazarse con el manto de la libertad religiosa y comercial; pero esta doble libertad en vez de poner un dique á la persecucion, sirvió únicamente para sufocar los gritos de las víctimas bajo el ruido de los festejos, y para negar el gemido del encarcelado si alguna vez se dejaba oír desde lo interior de su calabozo. Isabel desarrolló el orgullo británico, reasumiéndole en su persona, y el pueblo inglés la saluda todavía como el verdadero tipo del carácter nacional. Dotada de virtudes en el exterior, de vicios y crímenes en el interior, de magníficas palabras, que solo servían para disfrazar las mas extrañas bajezas, y de una doblez que sentó al trono para alucinar mejor á las naciones; tal fue la política que legó en herencia á sus súbditos: política fatal é impotente, que los gobiernos débiles y cobardes se dejan imponer, y que todo lo infectan á la sombra de la vanidad de su filantropía mercantil.

La muerte de Isabel no debía producir modificacion alguna en el sistema seguido contra los Jesuitas: la conspiracion de la *polvora*, ocurrida dos años después de este suceso, nos pondrá en claro toda la extension y crueldad de este sistema.

CAPÍTULO XV.

Primeros pasos de Aquaviva en el generalato. — Su carta sobre el feliz acrecentamiento de la Compañía. — La iglesia del Gesu y la casa profesa en Roma. — Muerte del P. Maldonado. — El P. Andrés Spínola. — Segunda carta de Aquaviva sobre la renovacion del espíritu. — El calendario Gregoriano y el P. Clavio. — El *Ratio Studiorum*. — Muerte de Salmeron. — Sedicion en Nápoles apaciguada por los Jesuitas. — El Papa Sixto V. — Su retrato. — Supónenle hostil á la Compañía. — Son delatados los Jesuitas á la Inquisicion de España por uno de los suyos. — Manda prender el Santo Oficio al provincial y á otros muchos Padres. — Decídese este á examinar las Constituciones. — Los Jesuitas españoles y el P. Vazquez solicitan una reforma del Instituto. — Sixto V avoca el asunto á Roma. — Mézclase Felipe II en todas estas discusiones, y nombra un visitador real. — Rehusan admitirle los Jesuitas. — Mision del P. Parsons cerca del Rey. — Su resultado. — Publica Sixto dos decretos concernientes á la Compañía. — Denúnciale el Jesuita Vicente la carta de Ignacio de Loyola como infecta de herejía. — Juicio de los examinadores pontificios. — Toma Belarmino á su cargo la defensa de esta carta. — Determina el Pontífice reformar la Orden de Jesús. — Puntos sobre que estriba la proyectada reforma. — El Papa y el General. — Los soberanos del Norte suplican al Pontífice que renuncie á su proyecto. — Carta de Maximiliano de Baviera. — Sixto V quiere excluir á los Jesuitas del manejo de los negocios públicos. — Opónese el sacro Colegio al designio del Papa. — Coloca este en el Índice la obra de Belarmino, *De Pontificis Romani potestate*. — Manda suprimir el nombre de Compañía de Jesús. — Redacta el decreto el mismo Aquaviva. — Muerte de Sixto V. — Su sucesor y el sacro Colegio anulan cuanto habia hecho este Papa contra los Jesuitas. — Congregacion de los procuradores. — Muerte de san Luis Gonzaga. — El cardenal Toledo. — La contrareforma establecida en Alemania por los Jesuitas. — Legacia de Possevino en Rusia. — Iwan Basilowicz y el rey de Polonia. — Victorias de los polacos contra los rusos. — Causas de esta guerra. — Es elegido Possevino como mediador entre el Czar y el rey Bathori. — Entrada del Jesuita en Rusia. — Carácter de Iwan. — Proyecto de Possevino sobre la reunion de la Iglesia griega á la romana. — Encarga el Czar á Possevino que salve á la Rusia, amenazada por los polacos. — Dirígese este al campo de Bathori. — Nombra Iwan embajadores para tratar de la paz con los de Polonia bajo la presidencia del Jesuita. — Conferencias de Chiveroua-Horca. — Intervencion de Possevino. — Rehusan los polacos reconocer el título de Czar que se apropiaba Iwan. — Conclusion de la paz. — Es recibido Possevino en Moscou con todos los honores debidos á su dignidad. — Los Anglicanos en Moscou. — Explica Possevino al senado las peticiones de la Santa Sede. — Respuesta de Iwan. — Encolerízase este Príncipe contra Possevino. — Obtiene el Jesuita cuanto pedia la corte